

El bautismo, epifanía de la realidad mesiánica

Bautismo del Señor
14 de enero de 1979

Isaías 42, 1-4.6-7

Hechos 10, 34-38

Marcos 1, 6b-11

Quiero sentirme con mis queridos sacerdotes aquí presentes¹, que representan a todo un numeroso presbiterio, donde se piensa con toda libertad dentro de ese pluralismo de ideas que la Iglesia admite mientras estén en comunión con la doctrina y con la disciplina de la Iglesia; digo, quiero sentirme con ellos, pues, como orgulloso y compactado por esos sentimientos de fidelidad al Evangelio y, desde allí, un servicio fiel al pueblo, a pesar de todas las amenazas y dificultades.

Este ha sido el fruto de una semana que titulamos de “identidad sacerdotal”. Fue sobre la base de una encuesta que el senado presbiteral levantó entre todos los presbíteros en forma anónima, para que fueran libres de expresar su pensamiento, su

¹ Antes de la homilía, los padres Plácido Erdozaín y Rutilio Sánchez, en nombre de los sacerdotes de la arquidiócesis, dirigieron un breve mensaje y leyeron una carta para denunciar la publicación de una hoja volante “en la que se presenta una lista con los nombres de diez sacerdotes que de manera maliciosa se les quiere involucrar como parte del movimiento guerrillero de El Salvador”, y para solidarizarse con monseñor Romero, quien recibió amenazas de muerte. La versión íntegra de la carta puede encontrarse en *Orientación*, 21 de enero de 1979, bajo el título “Solidaridad de párracos”.

juicio acerca del obispo y acerca de la línea pastoral que se va llevando en la arquidiócesis; y después se analizó. Expertos en sociología nos dieron la interpretación sociológica de esa encuesta, expertos en teología estudiaron el aspecto teológico de esas respuestas y expertos en pastoral sacaron también las deducciones pastorales de esa multiplicidad de opiniones. Y les digo ahora, al terminar, de nuevo me siento orgulloso de mi clero, porque con toda libertad ha aparecido allí una inmensa mayoría de acuerdo en todo; y aun la minoría que no está plenamente de acuerdo me da la confianza de que ha sido una encuesta plenamente sincera. Yo les decía al terminar: "Si hubiera sido el cien por ciento positiva, no creyera en ustedes; pero porque ha salido un porcentaje reducido, de oposición no diríamos, sino simplemente de divergencia en algunos aspectos, creo en la sinceridad de esa encuesta que avalora y le da como un espaldarazo, de parte del clero y del pueblo que ellos representan, a este proceder". Les digo con confianza, queridos hermanos, sigamos adelante por donde creo que el Señor va inspirando el caminar de esta Iglesia particular, que es la Arquidiócesis de San Salvador, y donde florecen cosas tan bellas.

Yo felicito a los sacerdotes. Y el gesto práctico de venir hoy a concelebrar conmigo los que, a pesar de sus deberes parroquiales, han podido venir, está indicando, pues, que no fue simplemente una semana de sentimentalismos o de superficialidades, sino que ha bajado a un fondo práctico de comunión y solidaridad con el arzobispo. Y ahora puedo repetir lo que ya otras veces he dicho y lo diré siempre: "El que toca a un sacerdote, toca al arzobispo".

Tenemos, entonces, otro documento que viene a dar respaldo a un sentir del pueblo, a un clamor del pueblo. Al terminar la reunión de sacerdotes, teniendo en cuenta que varias entidades han pedido la amnistía, la abrogación de la *Ley Orden Público*, es decir, más libertad, y teniendo en cuenta también la situación angustiosa de capturas arbitrarias, desaparecidos, secuestrados, no podíamos ser ajenos a este clamor. Por eso, me alegro también de otro hecho de esta semana: la celebración del día de la paz, aquí, el viernes, en la catedral, a las 7:00 de la noche. Me alegra que monseñor Rivera, obispo de Santiago de María, que es el presidente de la Comisión Nacional de Justicia y Paz, interpretando los sentimientos de esa comisión, que estuvo aquí

presente con todos los seglares que la componen, haya hecho hincapié, al concluir su mensaje sobre la paz, en estas peticiones que el pueblo está solicitando. Y ese aplauso con que a cada una de esas peticiones, al pronunciarlas aquí monseñor Rivera, el pueblo subrayó es indicio de que no se trata de unos sacerdotes metidos en política, sino de unos sacerdotes y obispos que quieren vivir e interpretar el sentir de la angustia, el sufrimiento de este pueblo. Tomando todo eso, pues, los sacerdotes, al terminar la semana de identidad, han dirigido esta carta al señor presidente de la Asamblea Legislativa:

“El señor arzobispo de San Salvador junto con su vicario general y el clero de la arquidiócesis, después de haber estado reunidos durante esta semana analizando la grave crisis actual por la que atraviesa el país y la forma como, desde nuestra labor pastoral, debemos colaborar a resolverla, hemos llegado a la conclusión de pedirle escuche el clamor de los familiares de los ciento ocho desaparecidos y de setenta y dos presos políticos, y acepte la petición de amnistía general, libertad para los desaparecidos y derogación de la *Ley de Orden Público*, que han hecho el señor arzobispo, innumerables instituciones y organizaciones populares nacionales e internacionales en solidaridad con estas familias y en representación del sentir de nuestro pueblo.

Creemos que aceptar estas peticiones, en lugar de ser un síntoma de debilidad del presente Gobierno, es una muestra de su actitud de querer escuchar y encauzar legal y pacíficamente la voluntad popular. Además, sería una medida necesaria para favorecer un ambiente de mayor confianza y menor tensión, que posibilite dialogar y colaborar a todos los sectores populares hasta lograr, específicamente, transformaciones audaces y radicales en la actual estructura económica, política y social de nuestro país, que posibiliten una mayor justicia e igualdad entre nosotros, condiciones indispensables para que haya un auténtico desarrollo y una verdadera paz.

Nos hemos decidido acudir a usted porque creemos que le compete, como presidente de la Asamblea Legislativa, propiciar la ejecución de esas peticiones y porque su actuación ante el problema de la Universidad nos ha dado pie para esperar de usted una respuesta positiva, que traerá, sin duda, una gran alegría a los familiares de los presos políticos y desaparecidos y será para el país un buen paso para lograr la paz y el orden.

Por nuestra parte, apreciaremos todo lo que usted haga por dar la amnistía, la libertad de los desaparecidos y derogar la mencionada ley, y trataremos de seguir fomentando una conciencia clara en los cristianos de que todos somos hijos de Dios y, como tales, gozamos de los mismos derechos y obligaciones, somos hermanos y tenemos que ayudarnos unos a otros para construir una nación digna de llevar como nombre El Salvador. Atentamente². Y firman todos los sacerdotes.

Estos gestos de nuestro presbitorio, queridos hermanos, coinciden plenamente con el mensaje de este domingo, en que estamos celebrando el bautismo de nuestro Señor Jesucristo. Es un eco todavía de la Epifanía. Dios ha venido y quiere darse a conocer y está presentando ante el mundo su amor salvador, ofrecido a todos. Y así como una estrella lo reveló a las primicias de los pueblos gentiles que vinieron a adorarlo —como celebrábamos el domingo pasado—, hoy es la voz misma del cielo, una nueva epifanía que, desde los cielos abiertos, proclaman: “Este es mi Hijo amado, en Él está mi fuerza divina de salvación”. El mundo tiene que conocerlo porque solo en Él hay salvación.

Así que, este domingo del bautismo del Señor, titularíamos así nuestra homilía —y recuerden que este aspecto doctrinal, evangélico es el tema central de nuestra predicación—, lo titularíamos así: *El bautismo, epifanía de la realidad mesiánica*. Entendemos por bautismo tanto el de Cristo como el nuestro, bautismo cristiano. Y por eso divido en tres pensamientos esta idea del bautismo como epifanía, como manifestación de la realidad mesiánica en el mundo. La primera idea esta esta: el bautismo es un signo sacramental. Segunda: ese bautismo, ese signo, en Cristo descubre la realidad mesiánica que ya existe en él. Y tercero: ese signo sacramental, el bautismo, a nosotros, los hombres, nos da lo que no teníamos: participación en esa realidad mesiánica que Cristo descubre en su propio bautismo.

Tratemos de desarrollar esto y, cuando estemos terminando, de ese bautismo de Cristo participado a su pueblo, veremos la responsabilidad de este pueblo de bautizados, aquí en El Salvador como en cualquier parte del mundo, de ser protagonista

² Esta carta, fechada el 12 de enero de 1979, y firmada por monseñor Romero y ochenta y cuatro sacerdotes de la Arquidiócesis de San Salvador, fue publicada en la sección “Solidaridad” de *Orientación*, el 21 de enero de 1979.

de la salvación de su pueblo, precisamente, por ser un pueblo que participa la realidad mesiánica, salvadora, que Cristo trajo al mundo.

El bautismo es un signo sacramental

Quiero, ante todo, que tengamos una idea, la recordemos, porque supongo que todos, como cristianos, deben conocerla. ¿Qué cosa es el bautismo, en general? Y tomamos pie de la frase de San Juan en el Evangelio de hoy: “Yo os bautizo con agua, pero Él os bautizará con el Espíritu Santo”. Y luego describe: “Por entonces llegó Jesús desde Nazaret de Galilea a que Juan lo bautizara en el Jordán”. Aquí tenemos, pues, unos gestos sacramentales, pero al mismo tiempo vemos la diferencia entre uno y otro bautismo. Y todavía hay un tercer bautismo que aparece en la segunda lectura de hoy. Pedro es llamado a la casa del centurión romano —por tanto, un gentil— para que le administre el bautismo. Tenemos también, pues, el bautismo de un hombre que no es Cristo ni cristiano, que pertenece a un mundo aparte del judío. ¿Qué significa, entonces, el bautismo?

Mc 1, 8

Mc 1, 9

Hch 10, 34-48

Aquí vemos cosas visibles. En todo sacramento, hay dos elementos. Un elemento visible, que es como la materia del sacramento. Vemos a un hombre que se acerca a otro hombre para que este hombre le eche agua en la cabeza y diga unas palabras. Vemos a otro hombre que se acerca a una familia gentil y le va a echar agua también en la cabeza. Esta es la parte material, el signo. Pero todo signo tiene que significar algo. El sacramento, si solo se recibe por su realidad visible, se torna una cosa insípida, una cosa aburrida, y por eso, para muchos, los sacramentos han perdido su sabor. Y queremos recuperar para los sacramentos lo principal: el significado de ese signo. ¿De qué sirve llevar un niño a la pila bautismal de una iglesia elegante y llevar allá a los padrinos, también elegantes, y después ir a celebrar una fiesta donde el bautismo es lo menos que se toma en cuenta y más se tiene en cuenta la relación social? Esto es quedarse con la caparazón, con el envoltorio, como si hoy no descubriéramos, en las lecturas bíblicas, lo que significaba ese hombre que se acerca a otro hombre en el Jordán, no tiene trascendencia.

¿Qué significa, entonces? Miren, cada bautismo de los tres tipos que hoy aparecen son distintos, según sea el contenido, a

Mc 1, 8 veces, del mismo signo exterior. En Juan Bautista, él dice: "Yo os bautizo en agua. Es un bautismo de penitencia, es un llamamiento a la conversión. Yo no puedo bautizar en Espíritu Santo porque yo no poseo los dones mesiánicos. Yo preparo los caminos del Mesías". Y los que se acercaban a Juan no eran como los cristianos que hoy van al bautisterio. Aquí están muy equivocados nuestros hermanos protestantes, cuando dicen que hay que bautizarse, como Cristo, a la edad de treinta años. Se olvidan que es muy distinto el bautismo de Juan, que Cristo iba a darle un sentido más alto. El bautismo de Cristo no es el mismo bautismo de nuestros niños. El bautismo de Juan era preparación para el segundo bautismo que luego llega. Ahora sí, llega Cristo. Él no era pecador, Él no necesitaba bautismo. Por eso, quererse comparar con Cristo y esperar la edad de Cristo para bautizarse es un acto de soberbia. ¡Creerse inmaculado como Cristo!, como si no tuviéramos necesidad de redención desde que nacemos. Cristo se acerca no por necesidad de un bautismo, sino para revelar una realidad que Él ya lleva.

Y así nace el bautismo cristiano. Cuando Cristo manda a los apóstoles, es a repartir, bajo el signo del agua, de las oraciones, del rito del bautismo, la riqueza mesiánica que Él va a dar. Él se acerca hoy al Jordán no como necesitado Él del bautismo, sino para darle a las aguas la fuerza de ser conductoras, germen de esa vida divina que Él trae. Él se mete en las aguas del Jordán, no para lavarse de sus pecados, que Él no tiene. Él se puede enfrentar al mundo y decirles a todos: "¿Quién me puede echar en cara un pecado?". Él no tenía pecado original y, por tanto, no necesitaba bautismo. Él no había cometido pecados personales y, por tanto, no tenía necesidad de ir a golpearse el pecho con todos los pecadores que Juan absolvía con su bautismo de penitencia. Él era el santo que traía santidad a esta tierra, y su bautismo es para enriquecer ese signo que todavía está vacío, que todavía solamente es una preparación, pero desde aquí en adelante sí será el bautismo que Juan ha dicho: "Él los bautizará en Espíritu Santo".

Miren entonces, hermanos, cómo el sacramento del bautismo lleva un signo de una realidad que nuestra fe tiene que descubrir. Por eso, se está insistiendo mucho en la catequesis de los sacramentos y —ya que están aquí presentes los representantes de nuestro querido presbiterio— yo quiero pedir a todo el pue-

blo, en apoyo a los sacerdotes que están cumpliendo con su deber, que secunden las disposiciones que ya daba nuestro querido predecesor, monseñor Chávez: “Que no se dé el bautismo sin cultivar la fe por medio de una catequesis”. ¡Y no evadan este compromiso! Yo sé que algunos dicen: “Nos vamos a tal parroquia porque allá no nos piden las pláticas”. Ni el sacerdote que no pide pláticas ni los fieles que van buscando una cosa más fácil están cumpliendo el deber, y en eso están diciendo qué poca fe tienen. Les interesa más la limosna del bautismo, les interesan más las relaciones sociales del signo sacramental. No es eso lo que nos interesa. Aunque no nos paguen nada —ni es cobro, es una limosna y si no la quieren dar, y los pobres no tienen por qué darla—, pero vayan a lo principal: a ver qué nos da el bautismo. Este don mesiánico, ¡qué pocos lo comprenden! Y por eso, tenemos un pueblo de bautizados pero sin conciencia de ese compromiso tan serio, de esa dignidad tan alta que nos dio aquel día en que nacimos como nueva criatura en la pila bautismal. ¿Comprenden ustedes, queridos hermanos, el gesto de aquellos santos que no celebran el día de su cumpleaños —porque entonces nacimos hijos de la carne nada más—, sino que celebran el día del bautismo? Y van el día de su bautismo, como a celebrar el nacimiento en una nueva cuna, a besar la pila bautismal donde nacimos, bajo el signo del agua y del Espíritu, a esta realidad que Cristo nos descubre en su bautismo.

El bautismo, en Cristo, descubre la realidad mesiánica que ya existe en Él

Y este es mi segundo pensamiento. ¿Qué descubre Cristo? Como les digo, Cristo no va a recibir algo que no tenía. Y en esto, es falso querer esperar la edad de Cristo para ir a bautizarse. Nosotros no tenemos lo que Cristo ya tenía. Cristo va a las aguas del Jordán a una epifanía, a descubrir lo que lleva, y, por eso, escuchamos el precioso Evangelio de San Marcos, que toda su obsesión es cómo presentarnos la persona de Cristo. Aunque no hable, Cristo es el mensaje eterno del Padre. Y en el Jordán no habla, pero habla el cielo: “Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hacia Él como una paloma. Se oyó una voz del cielo: ‘Tú eres mi Hijo amado, mi preferido’”. Esta es la epifanía del bautismo de Cristo: “Tú no te haces hoy Hijo de

Mc 1, 10-11

Dios. Tú ya eres Hijo de Dios y tu bautismo manifiesta lo que eres".

También, en la primera lectura, y para comprender esa frase de Dios en el Jordán, nos tendríamos que remontar a una larga historia, de la que no tendríamos tiempo aquí de contar ahora, pero que Isaías, en su lectura de hoy, nos da una síntesis en un personaje histórico. Ciro, rey de Persia, está ya presionando la libertad del cautiverio de los judíos en Babilonia. Babilonia va a caer bajo la presión de Ciro y los pobres desterrados de Babilonia miran a Ciro como un rey que trae un poder salvador: "Cuando Babilonia caiga bajo el poder de Ciro, nos dará libertad, retornaremos a Jerusalén, se levantará esta opresión". Y por eso, la Biblia llama a Ciro casi un "mesías".

Esa figura se transforma en una figura poética que Isaías llama "el Siervo de Yahvé", el siervo de Dios. Ya no es simplemente un rey de Persia, ya no es simplemente un hombre con poderes humanos salvadores, es alguien misterioso. Y es, entonces, cuando la profecía de Isaías nos ha dicho, esta mañana, esa mezcla de triunfo y de dolor, de grandeza y de humildad; ese Siervo de Yahvé, que va a vencer y sojuzgar a todas las naciones del mundo, no es un hombre que grita por las calles iracundo, impasible, violento; es manso y humilde. Fíjense en esta figura: "No acaba de quebrar la caña que ya está quebrada, no acaba de apagar el pabilo que aún está humeante". ¡Qué figura más bella para decir cómo es la misericordia de esta redención! Aunque un hombre ya esté quebrado, aunque un pueblo se sienta como candil que se va apagando, aun cuando nos sintamos con un sentimiento profundo de frustración por nuestros pecados, por los pecados de las clases sociales, por los abusos de la política, un pueblo que se ha hecho digno de su nombre, un pueblo que no merece ya la misericordia de Dios, dice hoy la profecía, que nos llena de esperanza: "Él no acabará de quebrar esa caña que ya se está acabando de quebrar. Él no acabará de apagar esa mechita que todavía echa señales de fuego". En el Salvador, todavía hay capacidad de rehacernos. Todavía puede encenderse la lámpara de nuestra fe y de nuestra esperanza. Y está aquí nuestra esperanza: el Siervo de Yahvé, Cristo, divino Ciro, que viene a liberarnos de toda clase de esclavitud, Él es nuestra esperanza.

Evoluciona, pues, el concepto del mesías. Y es esa palabra, mesías, lo que le da el título a Cristo, porque no es más que la

ls 42, 3

ls 42, 3

misma cosa —*mesías* en lenguaje oriental, en arameo o hebreo; *cristo*, en griego—, la misma cosa que viene a significar: “ungido”. Ungido. ¿Qué es la unción? Hoy, en la segunda lectura, nos dice Jesús de Nazaret: “Ungido por Dios por la fuerza del Espíritu Santo”. Esto es lo que ha hecho de ese hombre de Nazaret: que no sea simplemente un hombre, sino que sea también fuerza de Dios. Jesús de Nazaret, como hijo de aquel taller de carpintería, no era más que un hombre como cualquiera de nosotros. Cuántas veces me impresiona a mí esta realidad de que, si Cristo viviera hoy, en 1979, tuviera hoy treinta o treinta y tres años, estuviera allí confundido con ustedes, los hombres, como un hombre de treinta y tres años, nadie lo distinguiría; tal vez venido de un cantón, allá vive con su mamá, es la Virgen, que nadie la conocería; tal vez estaría aquí entre nosotros también. De modo que, en cuanto hombre, como todos nosotros —dice la Sagrada Escritura— menos el pecado, porque lleva por dentro una realidad antípoda, es decir, antagonista, reñida absolutamente con el pecado, es lo que estoy llamando yo hoy “la realidad mesiánica”, es el Mesías, es el Cristo. Llegó a ser tan común esta palabra, el Ungido, el Cristo, el Mesías, que ya es corriente para nosotros no llamarlo simplemente Jesús, sino que le agregamos Cristo. Jesu-Cristo es la expresión completa del nombre que Dios le señaló: “Le pondrás por nombre Jesús” y este otro nombre que se lo venía dando la esperanza de los pueblos: el Ungido, el Mesías, el Cristo. Eran cristos, pues, para el pueblo, todos esos hombres ungidos por la fuerza de Dios para desarrollar en el mundo una misión.

Hch 10, 38

Hb 4, 15

Lc 1, 31

Y así era como el Viejo Testamento nos presenta como ungidos a los reyes, a los sacerdotes, a los profetas, a los patriarcas. Gestos simpáticos como aquel del sacerdote Samuel que, inspirado por Dios, se va a una familia de Belén y Dios le va a señalar a quién debe ungir; y lleva el depósito de aceite para que, cuando Dios le diga: “Ese es futuro rey”, Samuel lo va a ungir, le va a echar aceite. Y aparece el jovencito David, y a David lo unge Samuel como sacerdote. Y desde aquel momento, sus hermanos —que todos eran mayores que él— lo respetan como ungido; y la historia le da razón: el más grande rey de Judea, David, que va a dar también nombre al Mesías, Hijo de David, porque en ese rey se caracteriza el rey salvador, el rey grande que da unidad al pueblo, el rey que eleva al pueblo a cantarle alabanzas a Dios. De

1 S 16, 1-13

ese rey mesías, desciende el Mesías rey, que es Cristo, cuyo “reino no tendrá fin”.

Lc 1, 33
Mc 10, 47
Jn 4, 25
Jn 4, 26

Qué hermoso cuando los leprosos y los paralíticos le gritan a su paso: “¡Jesús, Hijo de David!” . Era decirle: “¡Mesías, ten compasión de nosotros!” . Qué hermoso cuando la samaritana, sedienta ya de esa agua misteriosa, a la pregunta de Cristo si conoce al Mesías, ella le dice: “Sé que ha de venir”. Era la esperanza: “Ha de venir”. “Yo soy”, le dice Cristo. Qué epifanías más bellas cuando Cristo se presentaba así: “Yo soy. Yo tengo ya esos poderes anunciados por los profetas y por los reyes y por todas las figuras del Viejo Testamento”. Los ungidos no eran más que figuras de Cristo, del Ungido por antonomasia, del Cristo que lleva en sí la plenitud de las riquezas y de las fuerzas que Dios quiere traer al mundo para enriquecer a los hombres, para salvarnos del pecado.

Jn 6, 15

Por eso, Cristo tiene mucho cuidado en precisar en su predicación cómo es su mesianismo, porque había muchas equivocaciones. Y este momento en que Cristo hace su epifanía en medio del pueblo es muy parecido, queridos hermanos, a este momento, 1979, en El Salvador. Y así como entonces había movimientos populares que buscaban en ese Mesías una salvación temporalista, política, y creían que ese Cristo anunciado era el que iba a sacudir el yugo del poder romano, había también quienes tenían el concepto verdadero del Mesías. Y Cristo cultivaba este concepto verdadero. Y, por eso —dice—, cuando lo querían hacer rey con estos ideales de mesianismo político, Él se huía a la montaña, porque no era esa la salvación que Él traía.

La Iglesia también tiene mucho cuidado de señalar a los movimientos salvadores de hoy, lo mismo que a los afanosos de calumniar a su Iglesia, de decirle que ella está pretendiendo el poder, que está azuzando movimientos guerrilleros. ¡Mentira! La Iglesia está predicando el mismo mesianismo de Cristo, pero de ese Cristo que quiere decirle a los movimientos populares de su tiempo: “No me busquen como rey temporalista, no me busquen como un rival de Poncio Pilato o de Herodes. Allá ellos tienen que dar cuenta al Rey divino de sus gestiones como gobernantes civiles de su pueblo”. Y será duro el Señor en pedir cuenta a esos ungidos, que también tienen el deber de respetar la voluntad de Dios para bien del pueblo y no para opresión ni para ultrajar a los hombres. Cristo les dice que “su reino no es de este

Jn 18, 36

mundo". Y esto no quiere decir —explicaba el papa Pío XI, cuando proclamó la fiesta de Cristo Rey—, no quiere decir que Cristo está marginado del poder y de las riquezas de la tierra; lo que está diciendo es que Él juzgará, desde otra dimensión religiosa, las conciencias de los políticos y de los ricos, y de los pobres también, desde unas perspectivas escatológicas, de reino de los cielos, de trascendencia; pero todo este poder —Cristo lo ha dicho— será juzgado por Él, porque Él es Mesías y rey universal de las naciones.

Él quiere definir, pues, ese mesianismo auténtico para que en Él encontremos siempre la crítica de todos los sistemas políticos. Por eso da risa cuando dicen que la Iglesia está propiciando un sistema socialista. La Iglesia no se enfeuda con ningún sistema social. Y supongamos que nuestra democracia se transforma mañana en socialismo, la Iglesia siempre será el juez que criticará las actitudes injustas de ese socialismo, así como anima hoy, en la democracia, lo bueno que tiene la democracia. La Iglesia está siempre, como una luz desde afuera, iluminando esa realidad. Cristo quiere ser ese Mesías que ilumina el caminar de la historia. Los pueblos son libres para darse el régimen que ellos quieran, pero no son libres para hacer sus caprichos. Tendrán que ser juzgados, en el sistema político o social que ellos escogen, por la justicia de Dios, y Dios es el juez de todos los sistemas sociales. Y el Evangelio, como la Iglesia, no puede ser acaparado por ningún movimiento social ni político. Ninguna organización social o política puede llamarse que "esta es la Iglesia y por aquí hay que ir". El cristiano es libre para sus opciones concretas. Y, por favor, ninguna organización política, oficial o popular, se arroge el abuso de querer llevar una comunidad de base, un grupo cristiano, solamente por su opción política. En su trabajo de evangelización, en su reflexión de grupo cristiano, respétese la libertad de cada cristiano. Si alguien quiere pertenecer a otro grupo, respétesele su opción. Si no quiere pertenecer a ninguna, respétesele su opción. Que crezca en su fe, que se prepare para dar cuenta a Dios de cómo trabajó, en el mundo, por convertir un mundo en un mundo mejor. ¡Esto sí nos pedirá cuenta el Señor!

Por eso, decíamos en nuestra carta pastoral que un cristiano puesto en una organización política popular, tiene que hacer prevalecer, ante todo, los criterios de la fe. Y si en un momento

dado hay conflicto entre su fe cristiana y la organización, que se decida: o solo político con la organización o siempre cristiano con o sin la organización³.

Por eso, queridos hermanos, este Cristo que nos presenta una realidad mesiánica, que la podíamos concretar en esas tres categorías que dije antes, de los ungidos: profeta, sacerdote, rey. Eso es Cristo. Esa es la realidad mesiánica de Cristo. Verdadero sacerdote, el único sacerdote. Todos nosotros, obispos y sacerdotes, no somos más que pequeñas epifanías, manifestaciones del único sacerdote que consagra el mundo a Dios: Cristo, eterno Sacerdote. Él es profeta. Profeta quiere decir el que habla en nombre de otro: "Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado". Y nosotros, predicando en nuestros púlpitos, con nuestra limitación, con nuestras deficiencias, no somos más que pequeños ecos del gran profeta que es Cristo, nuestro Señor. Nuestro cuidado está en ser fiel eco a esa voz de Cristo, el único que debe hablar al pueblo y a la conciencia. Y, finalmente, Cristo es rey. Cuando Poncio Pilato le pregunta —fíjense, el poder civil más grande del mundo, el imperio romano representado en Poncio Pilato—: "¿Tú eres rey?". No tiene miedo: "Sí, yo soy rey, para eso he nacido; pero mi reino es el reino de la verdad, no de la mentira, no de la intriga, no de la opresión, no del ultraje, no del odio, no de la calumnia; mi reino es la verdad, por eso todo aquel que ama la verdad es mi reino". Y Cristo rey, profeta y sacerdote inventa un medio para darnos a nosotros esa triple dignidad.

El bautismo, en los cristianos, es el signo de la participación en la realidad mesiánica de Cristo

Y es mi tercer pensamiento: el bautismo de los cristianos. Yo les invito, en esta mañana del bautismo de Cristo, que cada uno de nosotros recordemos —quizá muchos no lo recordamos— dónde nos bautizaron, qué sacerdote fue el ministro que nos dio esta gracia, dónde está la humilde pila del bautismo. En aquel pueblito que lo debo de amar no solo porque allí di mis primeros pasos jugando con los niños de mi pueblo, sino, sobre todo,

³ Cfr. *La Iglesia y las organizaciones políticas populares* (6 de agosto de 1978), p. 32

porque allá está, en la iglesia parroquial, la pila del bautismo donde unos padres cristianos me llevaron, ayudados por unos padrinos buenos que todavía recuerdo con cariño, a incorporarme. Me parece el gesto de unos padres cristianos que llevan un vaso de oro, pero vacío, para que lo llene, con su sangre y sus dones jerárquicos y carismáticos, el Señor. Aquel día yo me hice miembro de este Cuerpo de Cristo, aquel día se hicieron mías las riquezas mesiánicas del Salvador. Desde aquel día, yo soy miembro del pueblo de Dios.

Es hermoso cómo San Pedro comenta hoy, en la segunda lectura, el episodio del bautismo de una familia que era pagana. Lean ustedes íntegro el libro de los Hechos de los apóstoles, en el capítulo que hoy hemos leído, y encontrarán cómo está Dios visible en esta historia. Pedro está orando en una terraza de Joppe y allá lejos, junto al mar de Galilea, en Cafarnaún, un centurión también ora, a su modo porque es pagano; pertenece al ejército romano, y le dice la inspiración del centurión, que manda llamar a Pedro, que en ese momento está en oración. Y a Pedro le dice: "Vendrán a llevarte, vete". Y se hace aquel encuentro, por inspiración de Dios. Una familia pagana que quiere recibir el bautismo cristiano, que quiere recibir esta riqueza mesiánica.

Hch 10

Y Pedro comenta, en el discurso de hoy, precisamente hablándole a esa familia... Miren cómo había homilía del bautismo, cómo había preparación para el bautismo. ¿De qué le hubiera servido al centurión que Pedro echara el agua sobre la cabeza de sus niños y de su esposa y de su gente si no le hubiera explicado para qué? Esa charla prebautismal es la que nos ofrece la segunda lectura de hoy. Pedro le dice: "He comprendido que Dios no es aceptador de personas, que para Él los hombres de cualquier pueblo y civilización, con tal de que obren la justicia y lo busquen con sinceridad, lo encontrarán. Y por eso, en el nombre de ese Dios, que tú sientes que te llama, yo voy a incorporarte aquí con toda su familia a este nuevo pueblo de Dios. Ya no serás pagano, porque ya no hay diferencia entre pagano ni judío; solamente hay una diferencia: tener fe y bautizarse, y no tener fe y quedarse afuera del pueblo de Dios".

Hch 10, 34

En este otro ejemplo, vemos que la realidad del bautismo y cuando Juan Bautista, hablando de Cristo que pide el bautismo, les dice a sus penitentes: "Yo os bautizo con agua, pero ahora viene el que os va a bautizar en Espíritu Santo", está declarando

Mc 1, 8

la función del bautismo cristiano. El bautismo cristiano nos hace partícipes de esa unción de Cristo. Cristo fue ungido no en el Jordán, sino en el mismo instante de su concepción en las entrañas de María Santísima. Por eso, el ángel, cuando le dice a María que va a concebir un ser misterioso, le dice: “Lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios, porque el Espíritu Santo es el que ha operado ese milagro de hacerte madre dejándote virgen, y que el producto de tus entrañas no sea simplemente un hombre, sino un ungido, un rey celestial en envoltura de carne humana, el Mesías”. Ahora, por eso, la Iglesia se compara con María; porque así como María da a luz a un hombre que es al mismo tiempo un Dios, nuestra madre Iglesia, siempre fecunda, da a luz en el bautismo. Por eso les decía: “El misterio de la pila bautismal es el lecho donde nuestra madre Iglesia me dio a luz, donde me hizo hijo de Dios, participante de la unción que Cristo traía para ser sacerdote, profeta y rey”.

Por eso, se han fijado, cuando sacan al niño de la pila bautismal, el sacerdote, ungíéndole con aceite, que se llama crisma —quiere decir Cristo, unción, aceite de oliva mezclado con perfume de bálsamo porque, cuanto más precioso, eso debe significar la realidad mesiánica que está recibiendo esa creatura—, el sacerdote le dice, llenándole de aceite la coronilla de su cabeza, al niño: “Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo que te ha liberado del pecado [porque el bautismo lo ha limpiado del pecado original] y te ha dado nueva vida [la vida de Cristo, el Ungido] por el misterio del agua y del Espíritu Santo, te consagre con el crisma de la salvación para que entres hoy mismo a formar parte de su pueblo y seas para siempre miembro de Cristo sacerdote, profeta y rey”⁴. ¿Cuál es el resultado, queridos hermanos? El resultado es esta catedral llena de cristianos. El resultado es una diócesis —muchas comunidades me están escuchando en este momento; pienso en ustedes, queridos cristianos, hasta del más apartado rinconcito de la diócesis—, el resultado del bautismo son ustedes, comunidades cristianas que pueden decir con toda verdad: “Estamos ungidos, somos participantes de Cristo profeta, sacerdote y rey”. Y por eso, la Iglesia son sus obispos, sacerdotes, religiosas, colegios

⁴ *Ritual de bautismo. Unción con el santo crisma.*

católicos, organizaciones, instituciones, familias; es la Iglesia sacerdotal, profética, real. Somos familia de reyes, somos descendientes de ungidos, somos participantes del sacerdocio. Nuestra misión, entonces, como pueblo, es enraizar estas tres cosas en nuestra familia, en el trabajo, en la oficina, en la política, en la sociología, en la profesión, en el mercado. Donde quiera que va un bautizado, tiene que ser ahí realidad mesiánica que Cristo lleva hasta ese ambiente y, como Cristo, lleva el compromiso de hacer presente esa dignidad salvadora que Cristo trajo al mundo. ¡Qué hermoso es contar con un pueblo, con una Iglesia que va tomando, día a día, la conciencia de esa unción de su bautismo!

Vida de la Iglesia

Por eso, queridos hermanos, es aquí donde, sintiéndonos pueblo de Dios, pueblo de ungidos, pueblo de sacerdotes, miramos en este día a Cristo —el bautizado que no tenía necesidad de bautismo, pero para darnos el principio de un bautismo que todos nosotros íbamos a necesitar— para incorporarnos a Él, que es la Cabeza y, como miembros que van naciendo en la historia y en la geografía, llevando la presencia, la vida, la circulación, el mensaje, la valentía con que Él predicó el reino de Dios y denunció las injusticias. Así quiero explicar, pues, la función de esta Iglesia que, como decía el padre Plácido al principio, es una Iglesia que va sintiendo el aleto del Espíritu Santo y va naciendo para vivir de verdad —no en una forma cobarde, anónima, ambigua— un bautismo que no se supo para qué fue, sino que va tomando conciencia de que ese bautismo vive en nosotros y nos está reclamando actitudes más comprometidas con este pueblo en el cual estamos enraizados.

Esta Iglesia, pues, trata de ser fiel a su mensaje y, por eso, quiero anunciarles desde ahora que, en ese esfuerzo por unidad, se va a celebrar en nuestra arquidiócesis la semana de la unidad, que se está preparando por protestantes y católicos y que tendrá lugar del 18 al 25 de enero. Va a comenzar el jueves próximo, 18 de enero, en la Primera Iglesia Bautista. Y allí se irá diciendo las otras iglesias, protestantes y católicas, donde todos los cristianos iremos, pidiéndole al Señor lo que Él pidió antes de morir: que todos los que creen en Él y siguen su Evangelio sean una sola cosa.

Jn 17, 21

También recuerdo que mañana se celebra, en varias partes de nuestra arquidiócesis, la fiesta del Santo Cristo de Esquipulas: en San Bartolomé Perulapía, en Colón, también Aguilares, también en el Mercado Central. Pero yo quiero advertir que vayamos a estas romerías con verdadero afán de cristianos. Ni las propagandas ni las piedades que se hagan con afán de lucro o con afán interesado de otras cosas son auténticas. Solamente a Cristo se le ama y se le sigue en espíritu y en verdad, como el bautismo que nos ha comprometido con Él.

Quiero agradecer las múltiples manifestaciones de solidaridad que me han llegado con motivo de lo que dije el domingo pasado, de cierta noticia de peligro contra mi vida. Yo no le quisiera dar más importancia a este asunto porque estamos en las manos de Dios. Quiero agradecer también al señor presidente de la república, desde luego, la atención de escuchar mis homilías. Porque dicen que, cuando los periodistas le preguntaron si sabía de esta amenaza, dijo que lo había sabido por escucharlo en mi homilía. Muchas gracias, señor presidente, por escucharme. Pero también quiero agradecerle el haber ofrecido proporcionarme protección si yo se la solicitaba. Se lo agradezco, pero quiero repetir aquí mi posición de que no busco yo nunca mis ventajas personales, sino que busco el bien de mis sacerdotes y de mi pueblo. Y ese ofrecimiento se lo quisiera aceptar para que procurara desvirtuar esas calumnias a los sacerdotes, de que ya se hacía alusión al principio, y se procuren evitar —usted lo puede hacer— esas campañas de calumnia en nuestros medios de comunicación social, que se sienten tan seguros de decir cosas tan horribles que no hay duda que hay una connivencia, que era fácil conjurar.

Quiero decirle también que, antes de mi seguridad personal, yo quisiera seguridad y tranquilidad para ciento ocho familias y desaparecidos*, para todos los que sufren. Un bienestar personal, una seguridad de mi vida no me interesa mientras mirara en mi pueblo un sistema económico, social y político que tiende cada vez más a abrir esas diferencias sociales. Lo que yo quisiera del supremo Gobierno era un esfuerzo por garantizar esa verdadera paz que todos anhelamos, pero que no se puede conseguir con represiones y con atropellos, sino con justicia social, que es lo que más urge entre nosotros. Quisiera decirle que en su aclaración hay algo que me preocupa cuando dice —el presi-

dente dijo—: “Lo que pasa es que algunos clérigos han sido sorprendidos por las autoridades en sitios en donde no deberían estar. Y esto ha ocurrido en todas partes del mundo en donde algunas mentes enfermas que parecen sanas se dejan arrastrar por doctrinas y principios que no son los cristianos”. Creo que aquí está el peligro: en asegurar cosas que no se prueban. Se nos expulsó a muchos sacerdotes, se nos capturó y se nos torturó a sacerdotes; y cuando monseñor Chávez y su indigno sucesor han pedido explicaciones, razones, no se han dado y se dan las cosas como hechos consumados. El caso más ambiguo podía ser el de nuestro querido hermano, el padre Neto Barrera, pero de él tampoco podemos hacer nada más que lo que hicimos: delatar que, si los cuerpos de seguridad asesinaron al único testigo que podía dar fe y explicación del problema, ¿cómo vamos a hacer nosotros para asegurar que es verdad o mentira lo que el señor presidente dice, acusando a los clérigos de estar en lugares donde no debían estar?*.

Hechos de la semana

Esta situación también nos ha preocupado mucho en torno a los secuestrados extranjeros: dos ingleses y un japonés, ya que, gracias a Dios, tuvimos información que el doctor Bonilla ha sido puesto en libertad⁵. Hemos dado gracias a Dios y nos unimos a la alegría de su familia. En cambio, la Comisión de Derechos Humanos, en la cual me incorporaron para esta mediación, ha estado tratando con interés humano esta dolorosa situación de los secuestrados. Yo aprovecho para hacer un nuevo llamamiento, a fin de que llegue pronto la libertad a estos pobres hermanos secuestrados.

La Cámara de Comercio pide también un ambiente de seguridad y calma⁶, pues el empresario —dicen— sufre una serie de presiones de diversa índole. Yo quiero decir que es justo reconocer tales presiones, pero también quisiera decírles que es justo buscar soluciones en las cuales no se favorezca solamente una parte. ¿Qué ofrece el empresario para poner las bases que propi-

⁵ El doctor Manuel Antonio Bonilla fue liberado el día 12 de enero de 1979.

⁶ Cf. *La Prensa Gráfica*, 12 de enero de 1979.

cien una verdadera paz sobre bases de justicia social? La verdadera paz, dinámica, de progreso y bienestar, tiene su precio y ese precio son los mutuos sacrificios. Yo, pues, así como pido a los obreros evitar presiones injustas, pido también a los empresarios buscar soluciones justas y que haya justicia en esas relaciones tan vitales en el país.

En cuanto al Año del Niño, también nos hemos solidarizado con los pensamientos e iniciativas que buscan con sinceridad un mejor bienestar del niño, reclamando sobre todo la responsabilidad de los adultos. Es espantoso leer que un estudio en Estados Unidos arroja que la población mundial, un cuarenta por ciento está privada de los derechos humanos.

Familiares y amigos denuncian la captura, sin saber los motivos, del señor Rigoberto Jovel por parte de la Guardia Nacional, el viernes de esta semana. Me preocupa el caso porque sé que el señor Jovel tiene amputada la mano derecha, no puede mover la izquierda, ha sufrido varias operaciones abdominales y tiene una hernia, lo que hace muy peligroso un maltrato en esa situación. Yo suplico, en nombre de la humanidad y de la caridad, que se le consigne pronto a los tribunales o se le conceda la libertad.

También quiero unirme al dolor, que vi en estos días, de la esposa del profesor Efraín Arévalo, a quien busca desesperadamente desde el 5 de noviembre de 1977, cuando el profesor Arévalo vino a San Salvador en busca de su hijo José Efraín, a quien habían dejado torturado en la sala de emergencia del Hospital Rosales. Yo creo que la Guardia Nacional, entrando en una fase de más humanismo, tendrá cuenta de estos sufrimientos.

Varios problemas laborales se ventilan en nuestro Socorro Jurídico y lo pueden escuchar en nuestros programas radiales, sobre todo el jueves, a las 5:30 de la tarde. Solo quiero mencionar que el problema surgido en la oficina de Cáritas arquidiocesana fue solucionado con las debidas indemnizaciones legales. Y quiero decir que de ninguna manera ha habido presiones por parte del sindicato, que falsamente se quiere atribuir este mérito⁷. El mismo Ministerio de Trabajo es testigo de la legalidad y de la espontaneidad con que Cáritas de la arquidiócesis ha resuelto el problema.

⁷ Cfr. *El Mundo*, 10 de enero de 1979.

Quiero anunciarles también que, para servicio de nuestra comunidad, se ha abierto una oficina de difusión de publicaciones aquí, en la catedral, al costado poniente. Y allí pueden adquirir, pues, esta literatura que estamos ofreciendo, entre las cuales van a ir apareciendo ya publicadas las homilías de la catedral. Quiero agradecer a las personas que se han interesado para que este pensamiento, pues, a pesar de sus deficiencias, sea más divulgado, ya que no tengo otra intención que dar a conocer el verdadero mensaje de nuestro Señor Jesucristo.

El Papa es el objeto de un entusiasmo inusitado en nuestra América, y en esta homilía, que nos está hablando de este pueblo profético, sacerdotal y real, nos da gusto ver, a la cabeza de ese pueblo, un pontífice que, al venir a América, como que abre una puerta de esperanza, de alegría, de entusiasmo. Su magisterio en esta semana ha sido muy fecundo. Recordó, a las mujeres, que la maternidad es la vocación que las distingue⁸. Es simpático el Papa cuando reunido con un grupo de barrenderos, antes de entrar al Vaticano, les dice que le agradaba más estar allí, con los barrenderos, que allá en el Vaticano.

El Papa también rechazó una religión que sea “opio del pueblo”⁹. Y aquí, nuestros periódicos¹⁰ lo han publicado con mucha complacencia, naturalmente, porque creen que el Papa solo se refiere al comunismo. El comunismo es el que ha dicho que la religión es “opio del pueblo”, y nosotros hemos estado continuamente diciendo que eso es mentira. Y el testimonio más bello es nuestra arquidiócesis, donde se va sintiendo una Iglesia que, precisamente, cuanto más cristiana y comprometida, es menos opio, está más despierta, y por no estar dormida es por lo que sufre persecución. Por eso es bueno recordar aquí también que, entre los documentos tan numerosos que están llegando a los obispos que se van a reunir en Puebla, está una carta simpática de los guaraníes, que alaban una religión cristiana que ellos van conociendo, que ya no es aquel conformismo que antes se les predicaba y que tampoco es una revolución; pero

⁸ Cfr. Catequesis de Juan Pablo II en la audiencia general (10 de enero de 1979), *L’Osservatore Romano*, 14 de enero de 1979.

⁹ Cfr. Alocución de Juan Pablo II con ocasión de la fiesta de la Epifanía (7 de enero de 1979), *L’Osservatore Romano*, 14 de enero de 1979.

¹⁰ Cfr. *La Prensa Gráfica*, y *El Diario de Hoy*, 8 de enero de 1979.

que es un despertar de una conciencia crítica, que desde el Evangelio sabe que no puede ser voluntad de Dios esas desigualdades tremendas sociales entre unos que lo tienen todo y otros que se deben conformar con no tener nada. Y, entonces, decimos que tanto el comunismo como ese capitalismo que quiere adormecer al pueblo quieren una religión que sea opio del pueblo. Y que cuando el Papa dice “una religión que no sea opio del pueblo”, está denunciando tanto al comunismo que quiere apartar el sentido religioso de la vida como al capitalismo que quiere manipular la Iglesia para sus cosas y sus intereses.

También nos alegra cómo el Papa, con su mediación entre Chile y Argentina, ha logrado evitar una guerra. Y esto nos lleva también a la esperanza de que esa confianza que la Iglesia despierta, Dios no la puede dejar fracasar. ¡Confíemos en la Iglesia! ¡Acuerpemos esta Iglesia solidaria con el pueblo! También Bolivia ya está pensando en pedir la mediación del Papa para lograr una salida al mar.

Finalmente, hermanos, yo les quiero pedir mucha oración en estos días en que Puebla es el centro de la pastoral de América Latina. Ya el 27 se inaugura, pero ya están llegando allá, pues, muchas personas. Quiero recordarles, a este propósito, que el acontecimiento de Puebla no es cosa de nuestro tiempo. Ya en 1582 —el siglo XVI— se tuvo el primer Concilio Provincial en Lima, Perú. En 1585, en México, se reunieron también pastores de América Latina. Naturalmente, eran tiempos muy distintos de los de hoy. Pero ya en nuestro tiempo, el papa León XIII, a fines del siglo pasado, llamó a todos los obispos de América Latina a Roma para celebrar el primer Concilio Plenario de América Latina, para transmitirles la doctrina y la disciplina del Concilio Vaticano I, que se celebró en el Vaticano en 1870. Y ya más cercano a nuestro tiempo, 1958, en Río de Janeiro, la primera Conferencia General Latinoamericana, que ya responde a esta vida actual del CELAM, Consejo Episcopal de América Latina. La segunda, como todos lo recuerdan, 1968, en Medellín. Es lástima que ya pasaron más de diez años y para muchos sigue siendo algo desconocido. Y ya estamos a las puertas de la tercera, que será en Puebla en estos días. Toda esta historia, pues, desde los inicios de nuestra evangelización hasta el momento actual, que toma como tema “La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”, nos debe llevar a darle gracias a

Dios que haya siempre pastores preocupados de una evangelización que se va poniendo al día con las necesidades de nuestro tiempo.

Entre las sugerencias y documentos que han llegado a Puebla, también tenemos uno, muy interesante, de los obispos del Ecuador, que por falta de tiempo no voy a leerles, pero que se refiere al peligro de la seguridad nacional patrocinada por regímenes militares, y diciendo que los militares están siendo una nueva casta privilegiada en nuestros pueblos, que Puebla no puede tener al margen, sino tenerlo en cuenta para sus grandes problemas de la evangelización. Aquí en nuestro país, quisiéramos advertir a tiempo para que los militares no formaran esa casta privilegiada, sino que, teniendo en cuenta la situación de la mayoría del pueblo y que la mayoría de los militares también proceden de ese pueblo pobre, se preocupen más bien para poner su prestigio, su fuerza, su inteligencia al servicio de una sociedad hecha según el corazón de Dios.

Hermanos, pasemos al altar, entonces, con estos sentimientos de que somos un pueblo bautizado, en el cual Cristo nos ha hecho participantes de su dignidad mesiánica para hacerla resplandecer en medio de los grandes problemas sociales de nuestro país. Así sea*.